

Brewell, el Hombre Solitario

Por **LUIS ENRIQUE DELANO**

Llevábamos dos días de navegación. De tumbo en tumbo, entre las encrespadas olas, la goleta saltaba, elevándose y volviendo a caer pesadamente. Con mal tiempo no suele ser muy agradable la navegación de Castro a las Islas Guaitecas. Preguntádselo si no a los buenos marinos de Chiloé. Hay veces en que la noche suelta ejércitos de vientos inflados de agresión contra los barcos. Hay noches también en que la niebla flota a flor de agua, pero como es de mayor estatura que las ambarcaciones, impide la visión al que lleva la caña. Noches peligrosas, inquietantes por la visión del Caleuche, que elige el tiempo malo para aparecer en los canales, aún cuando yo mentiría si dijese que lo he visto. Yo no, pero de los ocho hombres que llevaba nuestra goleta "Cruz del Sur", seis juraban por el recuerdo de sus madres, haberse topado más de una vez, bajo la negra noche venida del cielo, con el Caleuche.

Malos días, por cierto. A la hora de la siesta, felizmente, el viento se hacía menos duro. La "Cruz del Sur" cazaba la brisa necesaria para navegar dulcemente, un poco rápida. Fue en una de esas tardes cuando mi compañero de viaje me contó la extraordinaria historia de Brewell, el alemán. ¿Nunca habéis oído hablar de él ni de su llegada a Chonchi? Pero, ¿acaso conocéis si-

quiera de nombre el diminuto pueblo de Chonchi, en la isla de Chiloé?

Bien, os voy a referir lo que se sabe de Brewell, en la misma forma que Rubén, el pequeño Rubén Azócar, me lo contó a proa, mientras entretenía sus brazos con los cabos del botolón.

—Brewell —comenzó diciendo— es alemán. Por lo menos se supone que es alemán, si tomamos en cuenta los recuerdos que suele hacer de esa tierra. Llegó una tarde a Chonchi con una mujer que había traído de los campos y se instalaron ambos en una casita del alrededor, solos, hoscos, sin buscar amigos ni prodigar saludos. Brewell era rubio y serio. No hablaba con nadie. Como no se sabía de su pasado, sino que había venido de los campos (alguien suponía que estuvo en las Guaitecas), y como también se ignoraban sus proyectos y decisiones, la gente comenzó a colocar entre sí y Brewell, una distancia antipática, ocupada por la murmuración y el comentario desagradable. ¿Quién es? ¿Es bueno o es malo?, se preguntaban. Y como respuesta, no había sino la actitud seria, grave, despreocupada, insolente casi, del rubio Brewell.

Era el invierno y la mujer que Brewell había traído al pueblo enfermó. Estaba embarazada, ¿sabe?, y el alemán tenía que atender a su mujer y su negocio. Su cara se

volvió más triste y su actitud llegó a ser taciturna. A veces se le veía pasar con la cabeza gacha en dirección a la farmacia. Remedios inútiles, por otra parte. La mujer murió una tarde, y Brewell, a pesar de sentirse solo y desgraciado, no buscó ayuda. Los vecinos no fueron tampoco a ofrecérsela, pero atisbaban por las puertas y ventanas entreabiertas de la cabaña. Brewell tenía los ojos turbios, colorados, fatigosos por el llanto y la ausencia de sueño. Acaso le pesaba la soledad, la tremenda soledad, en el cuarto, junto al cuerpo de su mujer. Brewell sufría.

Lo vieron coger sus herramientas y fabricar un ataúd, tosco, sin pintura ni adornos. Lo colocó sobre el mostrador de su negocio y depositó dentro de él el cuerpo de su mujer, después de vestirlo convenientemente. Cuando unos minutos más tarde las mujeres le abrieron paso, el alemán tenía ya su semblante de siempre, terco y obstinado. Llevaba al hombro el ataúd con el cadáver, y lentamente, bajo el peso de su carga de la mujer que al sentir la llamada de la muerte le abría un túnel de entera soledad, se encaminó al cementerio. Ya antes había estado en el sencillo camposanto a cavar la fosa, y, según se refiere, al depositar el ataúd en el hoyo, en la tierra misma, Brewell tuvo como un instante de alivio. ¿Era el peso que se quitaba de los hombros?

Pero aquel hombre solitario, un día parece que logró torcer su destino de soledad. Entonces se acercó a los hombres del pueblo, habló con ellos, tuvo amigos, frecuentó la tabernas y el malecón; estaba presente a la llegada de los vapores, y hasta habló de sí mismo; no mucho, una que otra confidencia

que se le escapaba, una que otra alusión a los lugares donde había estado. Nunca, sin embargo, se le oyó nombrar a la mujer que lo acompañara y que lo abandonó en la mitad de la vida.

Los hombres del puerto lo llamaron "Veriwell". Para ellos Brewell es una palabra de difícil pronunciación. En cambio, veriwell... Este término lo han oído a los marineros de los buques extranjeros... Así quedó bautizado el rubio forastero, alto de estatura, hermoso de rostro. Varias muchachas del pueblo contenían suspiros al verlo pasar, aún cuando él no parecía preocuparse mucho. Empezó diversos trabajos; puso motor a algunas chalupas; organizó grandes cacerías de lobos marinos; se casó y, por último se hizo patrón de goleta. ¿Sabe? Detrás quedaban su camino solitario, su egoísmo, su frialdad y la historia esa de la mujer a la cual con su propio martillo encerró para siempre en un ataúd.

Cuando mi compañero terminó su relato, nos quedamos un momento silenciosos. La proa de la "Cruz del Sur" se había pasado por un banco de sargazos. A la distancia, dos pingüinos pasaban remando, con la mitad de sus pecheras blancas sobre la superficie.

—Cuando volvamos a Chonchi, usted podría presentarme a Brewell —dije.

—¿Lo quiere conocer de veras? Mirelo; ahí está. Es el patrón de esta goleta.

Brewell, ciertamente, estaba de pie junto al timón; serio, melancólico, con el rostro de sus viejos tiempos solitarios.